

EL PATRIMONIO HISTÓRICO Y MILITAR DE CHILE

POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR PANORAMAS.

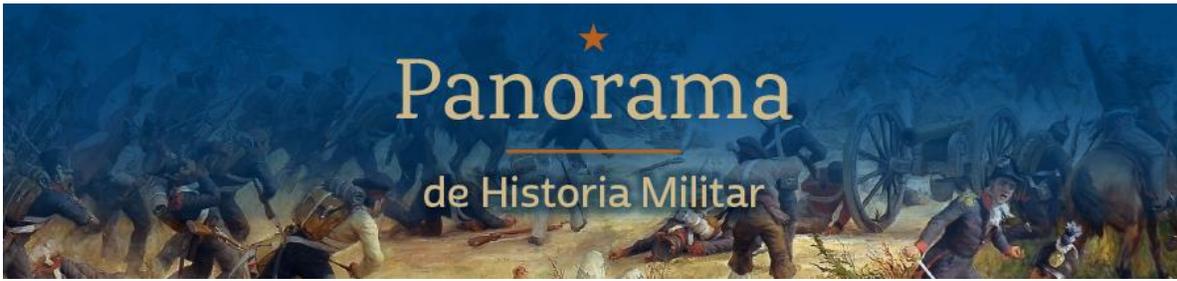
Cuando nos referimos al patrimonio histórico y cultural, solemos asociar esta noción a un concepto abstracto, intangible y muy amplio, por lo que su valor e importancia cuesta dimensionar.

“El patrimonio, en su sentido más amplio, es considerado hoy día como un conjunto de bienes materiales e inmateriales, heredados de nuestros antepasados, que han de ser transmitidos a nuestros descendientes acrecentados. Consideramos patrimonio cultural el conjunto de objetos materiales e inmateriales, pasados y presentes, que definen a un pueblo: lenguaje, literatura, música, tradiciones, artesanía bellas artes, danza, gastronomía, indumentaria, manifestaciones religiosas y, por supuesto, la historia y sus restos materiales, es decir, el patrimonio histórico.”¹

El patrimonio se caracteriza por tener una valoración social, o colectiva, vale decir, es la comunidad humana la que da un valor a ese conjunto de bienes materiales e inmateriales, pues en ellos ve reflejada lo que es su identidad como tal. Esos bienes han sido producidos a lo largo del tiempo por su actividad cultural, y la misma comunidad los rescata y procura su conservación y su transmisión a las siguientes generaciones. De esta forma, esa labor de cuidado y conservación se torna en un deber comunitario. De ahí la preocupación colectiva por la preservación de esos bienes, especialmente en un mundo cada vez más globalizado, en el cual las comunidades humanas se van viendo inmersas y desdibujadas.

En una dimensión más específica de nuestro quehacer, entendemos como patrimonio histórico y militar chileno al conjunto de bienes, tanto materiales como inmateriales que hemos recibido de nuestros antepasados y que dicen relación con la historia militar de nuestro país y de su Ejército. Este patrimonio histórico militar nacional tiene variadas manifestaciones, muchas de las cuales están presentes en nuestros espacios públicos, pero

¹ M. Pilar García Cuetos, *El Patrimonio Cultural. Conceptos básicos*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2011, página 17.



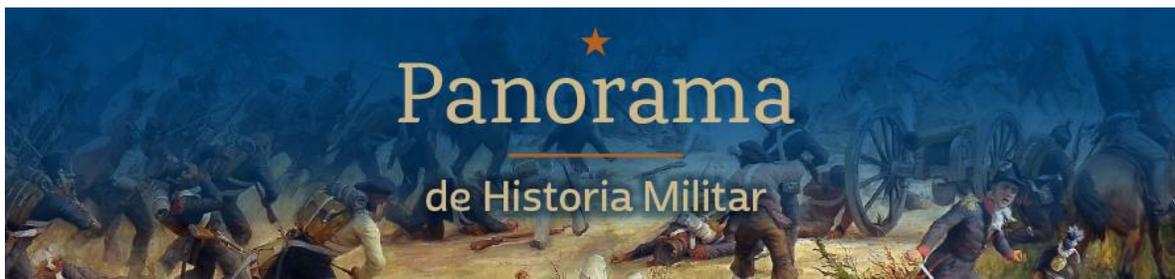
que para muchos chilenos pasan bastante inadvertidas, pese a que están fuertemente presentes en nuestra cotidianeidad.

El patrimonio histórico militar está conformado por un patrimonio arquitectónico, como es posible observar en ciertos cuarteles militares repartidos a lo largo de nuestro territorio nacional y que han cobijado a distintos regimientos, escuelas y reparticiones muy emblemáticos de nuestra historia militar. Tal es el caso del edificio del actual Museo Histórico y Militar, que en el pasado cobijó primero a la Escuela Militar (entre 1901 y 1958) y posteriormente a la Escuela de Suboficiales (entre 1967 y 1994). Esta edificación, que por sus características da cuenta de una época, y de determinados estilos y escuelas arquitectónicas, se caracteriza por su monumentalidad, por sus líneas austeras y por su belleza propiamente castrense.

Nuestro patrimonio histórico y militar también se expresa en el ámbito netamente cultural a través de la red de bibliotecas, archivos y museos que custodian la documentación que la institución fue generando en el pasado, la bibliografía antigua y moderna que sirve para la educación de su personal y aquellos objetos que también se han heredado de nuestros antepasados militares. Dentro de esta red destacan la Biblioteca Central del Ejército, el Museo de la Escuela Militar y el Archivo General del Ejército —el cual está custodiado por el Departamento Cultural, Histórico y de Extensión del Ejército—.

Otra área muy importante de este patrimonio es la literatura, la cual apareció en nuestro país desde sus inicios como nación. Aquí figuran las valiosas crónicas escritas durante nuestro largo período hispánico, en las cuales se conjugan muy bien los géneros literario e historiográfico. Muy importante son también las memorias que han dejado destacados militares chilenos, que son una valiosísima fuente para la reconstrucción de la historia nacional. Por otra parte, están las obras de historia propiamente tal, como “Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico”, de Francisco Machuca, la “Historia Militar de la Guerra del Pacífico”, de Guillermo Ekdahl y la “Historia Militar de Chile”, de Indalicio Téllez. Por último, la literatura militar chilena misma, expresada en novelas, cuentos y poemas, como la obra “Cuentos Militares”, de Olegario Lazo, que incluye la célebre y conocida pieza literaria denominada “El Padre”.

La música militar —surgida desde muy antiguo a partir de la utilización de instrumentos sonoros con la finalidad de orientar a las tropas en los campos de combate, y que posteriormente fue evolucionando hacia una combinación armónica y rítmica de los sonidos—, está hoy omnipresente, pero no es bien advertida en nuestro medio social. A modo de ejemplo, el Himno de Yungay, que hasta hace unas pocas décadas atrás era casi un segundo himno nacional chileno, hoy es casi desconocido para la juventud. Lo mismo sucede con la marcha “Adiós al Séptimo de Línea”, el que hoy es sólo cantado en los cuarteles militares cuando se celebra el Juramento a la Bandera. Ambos himnos son la expresión



poética y musical del agradecimiento y reconocimiento del pueblo a los soldados que ofrecieron sus vidas en defensa de los intereses nacionales.

Las colecciones de uniformes militares nos dan cuenta de las diversas improntas venidas del exterior que han dejado su sello en la institución a lo largo de su historia: la influencia española durante los siglos XVI, XVII y XVIII; la francesa, tan propia del siglo XIX chileno y que se advierte muy especialmente en los uniformes utilizados en la Guerra del Pacífico; la influencia alemana de fines del siglo XIX y de la primera mitad del XX, cuyas profundas huellas podemos observar hasta el día de hoy en los diversos trajes militares; y, finalmente, la influencia norteamericana, presente durante la segunda mitad del siglo XX.

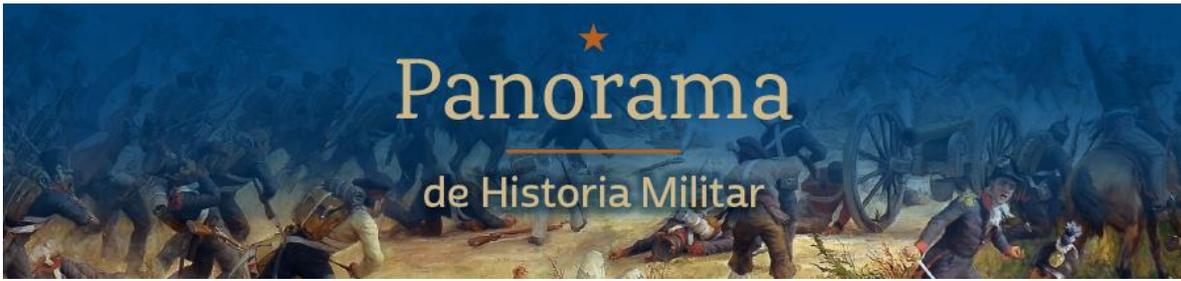
Si hablamos de espacios públicos, no se pueden dejar de mencionar los mausoleos y parques militares, algunos muy frecuentados por la sociedad civil chilena. Aquí figuran el monumento al Soldado Desconocido en el Morro de Arica, los jardines de las casas de la antigua hacienda San José del Carmen del Huique —que desde 1976 se encuentra a cargo del Ejército—, y el parque de la antigua Escuela de Caballería del Ejército ubicada en las casas de la hacienda San Isidro, en Quillota, actual cuartel del Regimiento Granaderos y de la Escuela de Equitación.

Respecto a los usos y tradiciones propias del Ejército que han permeado a la sociedad y han pasado a engrosar el patrimonio nacional se destaca la Parada Militar, que se realiza cada 19 de septiembre en el Parque O'Higgins de Santiago —y que antiguamente se le conocía como la Revista Militar—. También tiene mucha connotación pública el Juramento a la Bandera que se realiza el 9 y 10 de julio de cada año en los distintos cuarteles y ciudades de nuestro país.

La escultura y la pintura tienen su propio espacio dentro del patrimonio histórico y militar chileno. Varias piezas son ampliamente conocidas y valoradas, pues la historia militar de Chile se confunde con la historia nacional.

Destacan los lienzos de connotados pintores —como Fray Pedro Subercaseaux—, que dan cuenta de, quizás, los momentos épicos más destacados de nuestra formación y consolidación como nación.

En cuanto a los monumentos y conjuntos escultóricos conmemorativos que se ubican en nuestros espacios públicos, se destacan los monumentos ecuestres de Bernardo O'Higgins (de Albert-Ernest Carrier-Belleuse, 1872), José Miguel Carrera (de Héctor Román Latorre, escultor chileno, 1984), José de San Martín (de Louis Joseph Daumas, 1863) y Manuel Bulnes (de Mariano Benlliure y Gil, 1937). Y también los numerosos monumentos ubicados en las distintas ciudades y pueblos de nuestro país, en los cuales se homenajea a los soldados ilustres nacidos en esas tierras.



Los escultores nacionales Rebeca Matte y Virginio Arias merecen una mención especial.

De la primera destacamos el monumento —bastante deteriorado— dedicado a los héroes del combate de la Concepción, ubicado en la principal avenida de nuestra capital y que da ese mismo nombre —“Los Héroes”— a la estación del tren urbano que se ubica en sus cercanías.

Y, del segundo, el “Monumento al Roto Chileno” ubicado en la plaza Yungay de nuestra capital y el monumento en homenaje al general Manuel Baquedano, que también guarda un reconocimiento a todos los soldados desconocidos que tomaron parte en los hechos de armas de nuestra historia militar.

Este último conjunto escultórico —al igual que otros monumentos nacionales y patrimoniales ubicados en la capital— ha sido objeto en el último tiempo de actos de vandalismo que solo han conseguido destruir parte del legado material que nos han transmitido nuestros antepasados. Los vejámenes a los monumentos públicos más emblemáticos de nuestra capital merecen nuestra más severa reprobación. No es posible consentir el trato de que ha sido objeto y, aún más, que se tienda a naturalizar esa situación.

Una nación que no respeta —y que incluso destruye— su propio patrimonio histórico y cultural, difícilmente puede edificarse y proyectarse a sí misma hacia el futuro. Dañar ese legado es negarnos a nosotros mismos y también a esos miles de chilenos humildes provenientes de nuestros sectores sociales populares que dieron su vida por la patria en los campos de batalla, pues con el precio de su sangre se ha podido forjar el Chile que hoy conocemos. Precisamente todos esos chilenos anónimos se hayan representados en esos monumentos que hemos visto violentados en el último tiempo.